

Presentación

Cristina BRAVO ROZAS

Universidad Complutense de Madrid

Al oír la palabra miedo la primera impresión es la de apartarse, alejarse, la boca del que la pronuncia se abre y expande y parece gritar pero no lo hace. El miedo se define como una emoción, movimiento del alma, perturbación angustiosa del ánimo, provocada por un mal que amenaza realmente o puede amenazar. Desde el punto de vista psicológico es una emoción que forma parte esencial del ser humano y que por tanto nace y se desarrolla con él. Desde el principio ya somos presos de miedos atávicos como el de la oscuridad o lo desconocido.

El miedo se convierte en tema literario desde las primeras historias orales que el hombre relata, sin embargo, su inmersión sistemática en la literatura se produce a finales del siglo XVIII cuando la oscuridad de la razón preludia la Estética Romántica. Los conceptos estéticos de esta época favorecerán la incurción del miedo en la literatura. Frente a la supremacía de la Estética de lo bello, se impone lo sublime, una categoría que lleva al extremo lo bello y lo matiza con un punto de horror. Lo feo también se define y completa con la categoría de lo grotesco, parte esencial a veces del miedo pues logra combinar el humor con lo informe.

La palabra miedo camina por los territorios literarios y engloba terrores y horrores, sin embargo, en nuestro mundo hispánico ambos términos no aportan nada más que un grado al Miedo en mayúsculas. En cambio en el ámbito anglosajón las connotaciones son bastante diferentes: el terror implica un miedo a lo desconocido, un peligro real que nos acecha e impregna el alma y el intelecto, mientras que el horror nos embarca en el territorio de lo físico, de lo que emana a flor de piel, es el escalofrío, mezcla de repulsión, asco, miedo que nos devora al ver un monstruo babeante que se acerca a nuestro rostro impoluto. Pero en nuestro ambiente hispánico, ambos términos subyacen bajo el miedo, se superponen y suman. Esto no quiere decir que las afirmaciones de Rafael Llopis es su *Historia Natural sobre los cuentos de miedo* sean aceptables. Considera determinante el clima soleado en el que suelen vivir los hispanos con el carácter profundamente realista de la Literatura Hispánica, alejada por tanto de la naturaleza fantasmagórica anglosajona. Llopis quizás no consideraba que el miedo no consistía únicamente en seres sobrenaturales y abyectos, sino en una emoción estética que aparecía en el lector al sentirse amenazado aunque con cierta distancia por los acontecimientos acaecidos en la historia literaria, acontecimientos que bien podían partir de un suceso normal o cotidiano o bien sobrenatural.

El miedo en Hispanoamérica como en otros países comienza siendo un relato oral, casi siempre basado en un motivo folklórico que luego se materializa en un relato escrito. En el siglo XIX aparecen los primeros cuentos bajo el auspicio del maltrecho Romanticismo, Juan Montalvo, Juana M^a Gorriti describen seres fantasmáticos y monjas emparedadas que claman venganza pero su carácter excesivamente moralista suele destruir el efecto atemorizante. Tendremos que esperar al Modernismo para introducirnos en los territorios del miedo, fundamentalmente fantástico, Rubén Darío nos presenta a «Ampusas» que persiguen a estudiantes por las angostas calles de Toledo en «La Larva» o madrastras vampíricas como la de «Thanatopia». Plantas mortíferas pueblan el universo de «Viola Acherontia» de Lugones. Pero el siglo XX desarrolla otras historias. En la actualidad, el miedo no viene de fuera, está a nuestro lado, late en nuestros pechos y se esconde en nuestras pupilas. La televisión emite cada minuto imágenes que amedrantan a cualquiera y que a veces nos hacen pensar si hemos perdido la capacidad de aterrorizarnos, pero al mismo tiempo cada vez el miedo es más generalizado e intenso y produce verdaderas catástrofes políticas y humanas.

Tras los últimos atentados terroristas y las guerras sinsentido, el miedo parece arraigado en nuestras vidas y ya no nos abandona, forma parte de nuestra cotidianidad.

Borges, aparentemente muy lejano al miedo y perdido en sus laberintos fantásticos, sin embargo, define ya los territorios que nos paralizan:

Postdata. En esta página de mera noticia puedo comunicar también la de un sueño. Soñé que salía de otro —populoso de cataclismos y tumultos— y que me despertaba en una pieza irreconocible. Clareaba: una detenida luz general definía el pie de la cama de hierro, la silla estricta, la puerta y la ventana cerradas, la mesa en blanco. Pensé con miedo ¿dónde estoy? Y no me pude reconocer. El miedo creció en mí. Pensé: Esta vigilia desconsolada ya es el Infierno, esta vigilia sin destino será mi eternidad. Entonces desperté de verás: temblando».¹

El miedo ya no es un sueño pesadillesco, ni procede del exterior, es perfectamente reconocible, habita en nosotros, en nuestra conciencia de una existencia infernal.

Para Víctor Bravo el miedo brota de la condición más humana: su condición frágil, y en Julio Inverso el poeta es un visionario que siente que las fuerzas que le gobiernan son ajenas, incluso demoníacas: «Volaremos, murciélagos, sobre la ciudad en decadencia», en Carlos Fuentes hay seres que no nos hablan pero nos miran, no nos ven pero nos recuerdan y en el uruguayo Mario Levrero los personajes sienten una inconsciente rebelión contra una fuerza desconocida. En todos los géneros, en todos los tiempos y espacios el miedo traslada su extrañamiento a la Literatura, para mejor devastarla, para hacer del vacío no una sustitución de lo real, sino un verdadero encuentro.

¹ «La duración del infierno» en Jorge Luis Borges, *Discusión*, Barcelona, Emecé Editores, p. 238.